

PRÓLOGO

Me sorprendió que Constantino Montañés pensara en mí para escribir el prólogo de un libro que habla de un cachorro de perro. Me gusta mucho la política, los pueblos de Catalunya y de los Pirineos, la economía rural, soy feminista practicante, independentista de toda la vida y periodista de profesión y, a menudo, me piden que hable o escriba sobre cualquiera de estos temas, pero... ¿de un perro? Qué voy a saber yo de perros, bastante tengo con el día a día de mi territorio y sus gentes y las mil miserias de este mundo que nos rodea. El legendario *Rovelló* de Josep Vallverdú y las aventuras de Milú y su inseparable Tintín son las aportaciones literarias más relevantes que he leído —al margen de los cuentos— sobre la vida y la relación entre las personas y estos animales.

Sin embargo, en las primeras páginas del libro me doy cuenta de que la historia, a pesar de ser un sentido homenaje al tiempo que el autor vivió con este cachorro, Nu, solo utiliza este vínculo de sentimientos o emociones entre el dueño y su bóxer para elaborar una radiografía precisa de la vida y la sociopolítica del siglo XXI. Una aproximación a las relaciones humanas, las empresariales, el amor, el machismo, la salud y todas las telarañas buenas y malas, que nos acompañan de forma cotidiana. El autor analiza a corazón abierto y con buena pluma todo lo individual y colectivo que nos define como sociedad y, sobre todo, como personas. Liderazgo, democracia, monarquía, sexo, deberes y derechos parecen palabras grandilocuentes para hacer entender el mundo a un perro. Pero en la inocencia y pureza del animal el escritor encuentra el escenario ideal para exponernos los contextos que nos rodean y condicionan.

De esta historia de Nu, el lector podrá extraer muchas conclusiones, pero la fundamental, al menos a mi entender, es que existen dos maneras de entender la vida: la positiva y la negativa, y que la única manera de avanzar hacia una sociedad más justa, más igualitaria y más libre es respetando a los demás, sin que esto suponga rehuir las propias convicciones. Empatía y resiliencia. Conservar las herencias positivas que nos han sido legadas y cambiar el signo de todas aquellas que solo han implicado sufrimiento, individual y colectivo. O lo que viene a ser lo mismo: no hacer nunca a nadie aquello que no querríamos que nos hicieran a nosotros y superar las adversidades adaptándonos a cada circunstancia.

Me emociona especialmente que un ejecutivo que ha dedicado buena parte de su vida a la gerencia de grandes firmas industriales exponga a Nu el modelo productivo y social de La Fageda de la Garrotxa como ejemplo positivo de una empresa, una cooperativa que elabora postres y que creó un hombre con un nombre tan singular como su idea, Cristóbal Colón. Se trata de un psicólogo que montó una empresa que da trabajo a cuatrocientas personas de aquellas que antaño teníamos entre rejas o encerradas bajo llave, o con camisas de fuerza y recluidas en el ostracismo social y moral. Es, sin duda, uno de mis capítulos preferidos, y seguro que también del perro, porque cada vez que el dueño visitaba la factoría volvía a casa cargado de yogures, cuyos restos dejaba comer a su cachorro, que podía acceder a aquellos rinconcitos inaccesibles para las cucharas y que parece que los fabricantes diseñen expresamente para poder compartir con los animales de compañía.

El autor tampoco rehúye la autocrítica cuando le explica al pequeño bóxer los estigmas sobre sexualidad que han marcado negativamente la vida de muchas personas que querían o quieren a otros de su mismo sexo o que, sencillamente, no se encuentran a gusto con el papel que inicialmente les ha pautado la biología. Él mismo llega a pensar y, tal vez, incluso, a decir, que la homosexualidad nacía o estaba relacionada con vicios o desviaciones casi enfermizas, hasta que el ejemplo de personas de su entorno le han hecho entender que el amor

no es solo una cuestión de machos y hembras y su capacidad reproductiva y que, por encima de todo, existe el derecho del ser humano de querer a quien más le plazca.

La violencia machista también tiene un capítulo muy de actualidad y necesario. Me gusta especialmente el hecho de que sea un hombre quien alerte que superar el “terrorismo” doméstico es uno de los retos más importantes que tenemos como sociedad porque sin actitudes como la suya será imposible que nos quitemos de encima esta pesada losa. Y el autor acierta plenamente cuando le explica a su perro que de nada o de bien poca cosa servirán manifiestos, manifestaciones, decretos y leyes que hacemos cada vez que existe una nueva víctima si no cambiamos los roles y la educación desde la misma cuna. Solo tenemos una pequeña divergencia: él cree que el problema radica en el hecho de que, hasta ahora, se había educado a los hombres con la premisa que las mujeres eran “su propiedad más preciada”, y yo quitaría lo de “preciada”; propiedad y basta. Una costilla de Adán, una actriz secundaria, un predicado, un complemento... en definitiva, una segunda categoría de lo principal y determinante que siempre era masculino.

Y el apartado más sorprendente es aquel en el que el autor muestra capacidad visionaria (me entregó el manuscrito unos días antes de que estallara la pandemia del Covid-19) y se lamenta a Nu del escaso cuidado que tenemos con los contagios de los virus entre humanos, mientras que los ganaderos hace mucho tiempo que están obligados a estrictas medidas de sanidad animal por las pestes porcinas, gripes aviarias y los mil y un virus o priones que han llevado a la ruina desde hace más de dos siglos miles de productores de ganado. En cambio, nosotros, confiados de nuestra superioridad casi divina, nos pasamos tres pueblos de las prevenciones de salud pública y vamos al hospital, al CAP y a las residencias a ver familiares o amigos sin ningún tipo de medida ni cautela. La verdad es que, hasta ahora, que nos ha caído encima toda la lluvia que anunciaban los truenos de santa Bárbara, ni pensábamos en la posibilidad de propagar o contagiarnos por algún virus en ninguno de los espacios en los que el sentido común dice que

debemos tener cuidado. De hecho, más de una vez todavía reíamos cuando, por Navidad, veíamos a ciudadanos chinos con mascarillas en el metro. Es necesario recordar que en 1918, la denominada *gripe española* mató a más de cuarenta millones de personas y que, por mucho que la medicina haya avanzado desde entonces, los virus siguen existiendo y todavía existen enfermedades que no tienen vacuna efectiva para su prevención y la malaria o el ébola son dos de las más mortíferas.

Disfrutad, pues, de esta conversación de un hombre sensato y un perro curioso porque con total seguridad os vendrán ganas de ser más buenas personas y, si lo conseguís, el amor hacia los animales os llegará sobrevenido.

Anna GÓMEZ MARSOL
Periodista



¡Hola Nu!



1

CRUCE SOCIOEMOCIONAL

Durante el mes de febrero de 2020 recibí una llamada telefónica de un amigo que vive en Avinyó, una preciosa e histórica población situada en la comarca barcelonesa del Bages —me anticipó el envío de un manuscrito— para pedirme que lo leyera y que, si creía que aportaba valor, lo publicara —eso sí, firmado por un servidor i él renunciaba a cualquier protagonismo porque lo único que quería con la publicación era rendir un homenaje a Nu. Siguiendo sus indicaciones, lo leí y después lo releí unas cuantas veces. Tras comprobar la ternura y la madurez con la que sus personajes afrontan las preguntas que la vida les propone y las respuestas que les llevan a encontrar el verdadero y auténtico camino. He decidido compartir con todos y todas la historia de Nu en las condiciones que se me pidió.

Este libro recoge una historia real y reciente, la que explica el resultado del cruce socioemocional con mis mascotas. Una asociación casi simbiótica y en la que no sé bien si soy el hongo o el alga de los que hablaba el investigador Albert Bernhard Frank cuando nos explicaba como es este tipo de vida en sociedad. Tampoco se bien cuál de los dos accionistas de esa sociedad vital y hasta ahora anónima —ellos o yo,

mascotas o personas—, se benefician más de dicha vida en comunidad. Aunque si tuviera que ser sincero, escuchar a mi corazón y referirme exclusivamente a nuestra sociedad, puedo asegurar que soy yo quien más ha recibido de esas criaturas encantadoras y silenciosas, mal llamadas *mascotas*. Unos seres vivos únicos que nos acompañan a lo largo de nuestras vidas y que lo hacen siempre de una forma anónima, leal y, lo que es aún más importante, incondicional.

Escribo este manuscrito especialmente focalizado en mis vivencias con Nu, la última de las tres mascotas con los que he tenido el privilegio de compartir una parte de estos últimos veinte años (1999-2019), siempre acompañado de mi inestimable familia y amigos.

Siento que al escribir estas primeras líneas me libero del compromiso contraído e incumplido hasta hoy con cada uno de ellos: el de dedicarles unas cuantas líneas en cada uno de sus respectivos aniversarios.

Líneas, incluso páginas, que, con el paso de los años, nos deberían servir algún día para recordar nuestras vivencias juntos, nuestros muchos momentos dulces, entrañables y también algunos amargos e indeseados que siempre y en contra de nuestra voluntad acaban enganchándose a nuestro día a día. Una cadena de sentimientos contrapuestos y tozudamente incapaces de existir unos sin los otros.

Pues solo es posible apreciar la dulzura en toda su dimensión si antes no se ha experimentado la amargura. De lo contrario, sería tan inútil como pretender percibir la belleza de un cuadro en el que al observarlo se confundiera el fondo con su dibujo. Porque en el lienzo de nuestras emociones vitales solo seremos capaces de valorar plenamente cada emoción si antes no hemos percibido y experimentado la contraria.

Nu llegó a nuestras vidas sin que yo hiciera nada para ello. Hacía apenas tres meses que se había ido Dos, este había cumplido con el mandato recibido sobre su ciclo vital y nosotros habíamos aceptado su marcha con una cierta normalidad.

Su recuerdo permanecía aún presente entre nosotros, su imponente, elegante, dulce y querida estampa de bóxer emergía aún omnipresente y se proyectaba sobre cada rincón de la casa a la que dirigiéramos nuestra mirada.

Todo ello, sucedía con la complicidad de aquellas cosas —¡las tuyas!— que hasta hacía muy poco le habían acompañado y que se resistían a desaparecer del escenario en el que Dos les había dado una verdadera razón para existir.

La manta roja, ahora fría, a la que tantas veces Dos le dio y recibió su calor. Su elegante collar marrón, unido a una preciosa correa negra y algún hueso a medio roer, acampaban abandonados sin destino por el suelo de la casa. Todos se mantenían unidos y más fuertes que nunca por una especie de acuerdo de confidencialidad por el que se comprometían a guardar y hasta esconder algún recuerdo de Dos, representado por algún pelo que se cogía a esos cacharros y se resistía al paso indiscriminado y sin sentimientos de la aspiradora que casi diariamente se presentaba en la casa y quería arrastrarlos hacia el nunca jamás.

Todos sus cacharros estaban sumidos en un halo de silencio propio de quienes han perdido a quien les había dado el sentido de existir y que ahora se apartaban, a nuestro paso, sumidos en el más absoluto de los silencios y recogimiento. Transmitiéndonos un gesto de reconocimiento y de nobleza en su último homenaje hacia Dos.

La llegada de un nuevo cachorro a nuestras vidas provocaba en mí sensaciones emocionalmente enfrentadas y que conformaban la cara y la cruz de mi moneda emocional. Unas sensaciones que viajaban súbitamente del anverso al reverso de la misma, y rompían a menudo con el equilibrio de la ecuación del mayor de mis capitales: el emocional.

En la cara de mi criptomoneda vital aparecía encriptada una imagen de ternura, solo descifrable atendiendo a unos códigos dictados desde lo más profundo de mi corazón y que solo eran capaces de salir a la luz y hacerse visibles ante la dulce mirada de cualquier cachorro que, de forma espontánea, se atreviera a cruzarse conmigo o de mi creciente deseo —aun no confesable— de contar con un nuevo compañero canino.

Era una moneda con su cara grabada por una emoción de ternura excesivamente fugaz, que se hacía instantáneamente visible y sin apenas dejar rastro ni permitirme disfrutar de su teórica y reconfortable dulzura, se desvanecía nuevamente desapareciendo a mayor velocidad con la que se había presentado.

En la cruz de esa moneda y neutralizando cualquier pretensión de alegría duradera, aparecían imágenes con algunos momentos de sensación agrídulce, de tristeza. Evocadas por unos códigos procedentes del pasado que pellizcaban mi sensibilidad, sumergiéndome en un espacio atemporal en el que las vivencias, aun recientes, con *Dos* recuperaban su huella y vivas en mi memoria me insistían una y otra vez que, aunque llegara un nuevo inquilino a nuestra casa, *Dos* sería insustituible.

Reivindicaciones y señales de añoranza que viajaban vertiginosamente desde mi cabeza a mi corazón, advirtiéndome que para conseguir su verdadero objetivo —el de evitar la presencia de un nuevo cachorro—, ellas estarían dispuestas a ahuyentar cualquier intento de presencia de una nueva mascota.

Ajeno a mi batalla emocional, teníamos ante nosotros a un recién llegado, una pequeña criaturita que acababa de aterrizar de lleno en nuestras vidas, sin que él hubiera decidido nada sobre su destino con nosotros, que buscaría y tendría derecho a recibir todo el cariño del mundo, como si se tratara de nuestro primer bóxer.

Nu fue, inicialmente, un regalo inesperado y extraordinario y, finalmente, resultó de un valor incalculable para toda nuestra familia. Seguramente, muchas de las vivencias que hemos vivido con él, a excepción de una, sean cotidianas, ordinarias y muy parecidas a las que viven millones de personas cada día en cualquier parte del mundo al convivir con sus propias mascotas. Vivencias que se transforman en extraordinarias solo ante nuestros ojos, los de sus amos, y siendo nuestra relación afectiva con ellos la razón principal por la cual sus pequeñas acciones alcanzan tal calificación, una mención honorífica en el pódium de nuestra olimpiada diaria.

Para mí y para todos los dueños de las mascotas que hay en el mundo, las vivencias anónimas con ellas tienen siempre

Una confrontación que, de producirse, suele desembocar en una batalla mortal capaz de poner en juego toda nuestra munición emocional. Reventando las paredes de nuestra fortaleza emocional y dejando abiertas unas heridas con unas hemorragias por las que supura una parte considerable de nuestras defensas y de nuestra autoestima más substancial.

Dice la psicología positiva que estamos ante una sociedad más preocupada y focalizada en el estudio de los enfermos que de los sanos. Si seguimos, pues, centrando nuestros esfuerzos y dedicando los recursos a conocer como reaccionamos las personas ante la desgracia, la adversidad, el conflicto o el estrés y, por lo tanto, continuamos fatalmente orientados al estudio de las emociones negativas como la ira, el miedo, la rabia o el desprecio, seguiremos siendo conejillos de Indias de los grandes laboratorios que no cejarán en experimentar con nuestra personalidad y engordando sus balances a la misma velocidad con que se vacía nuestra autoestima y nuestro bienestar, tanto colectivo como individual.

Podemos, no obstante, romper con esa situación actual y apostar por el estudio de las situaciones positivas que se dan en las personas sanas, las que protagonizan quienes saben vivir en armonía consigo mismo, con su entorno y con los demás.

Para ello, sería bueno comunicar y consumir noticias que alimenten nuestro bienestar con ingredientes y proteínas conformadas por el optimismo, la risa, el perdón, la gratitud, la admiración, la meditación o la solidaridad, y compartirlas con todos los que nos rodean, sean personas o con un pobre animal de compañía.

Una sociedad así estaría orientada a formar individuos con una alta resiliencia y empatía. Verdaderos protectores de nuestra autoestima y de nuestra salud individual y colectiva. Si nos inclinamos por esta opción, las mascotas son una fuente de compañía y de fidelidad capaces de aumentar exponencialmente nuestra autoestima, de estar a nuestro lado combatiendo nuestra soledad sin reproches y sin pedirnos la menor justificación sobre nuestra conducta y forma de actuar.

un valor afectivo excepcional, único e imborrable, sellado y soldado por el innumerable número de veces que se han echado encima nuestro lamiéndonos, una, otra e infinitas veces la cara, en un intento de confundirnos sobre quién es quién en el reparto de papeles de amo o de animal de compañía.

Ante una realidad como la actual, en la que clasificamos a las personas categorizándolas con letras —X, Y, Z...— y lo hacemos en base a los dictámenes de una sociedad digital que baila el ritmo de una tecnología mutante y no en base a unos valores estables auténticos y propios de la naturaleza de los seres humanos como son la solidaridad, el altruismo o la empatía.

En esta sociedad hay una generación atemporal, atecnológica, que no sabe de sociedades 4.0 o 5.0. Fieles, emocionalmente sabios, integran un pelotón de amigas mascotas que se levantan diariamente con un único objetivo, el de escoltarnos en nuestro día a día de forma inquebrantable.

Unos individuos caninos que nos valoran únicamente por aquello que verdaderamente nos identifica como personas, como son nuestra voluntad de compañía ante la soledad o la enfermedad de los demás. Y no en base a nuestra riqueza, poder, éxito o conocimiento digital, más propios de una sociedad competitiva que no pone límites a su ansia de crecimiento y que, de seguir así, podría caminar hacia su autodestrucción como lo hacen todos aquellos organismos cuyas células solo apuestan por un crecimiento caótico y sin control.

Es, precisamente, esa forma de ponernos en valor lo que nos lleva a comportarnos a nosotros tal y como somos delante de esos enanos. Con naturalidad, sin estridencias ni la extrema necesidad de sobreactuar. Aspectos que, cuando las personas los olvidamos o no los respetamos y sobreactuamos, desatan una guerra entre dos de nuestros mundos: uno, el interior, habitado por nuestras neuras y frustraciones y, otro, el exterior, protagonizado por el escaparate de las apariencias y las extravagancias.

© del texto: Constantino Montañés Nuñez, 2022
© del prólogo: Anna Gómez Marsol, 2022
© del epílogo: Cristóbal Colón Palasí, 2022
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2023
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: abril de 2023
ISBN: 978-84-9743-980-8
DL 21-2023
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.